



LOS ARMARIOS VACÍOS

ANNIE ERNAUX

LOS ARMARIOS VACÍOS

TRADUCCIÓN
LYDIA VÁZQUEZ JIMÉNEZ

CABARET VOLTAIRE

2022

PRIMERA EDICIÓN *mayo 2022*
TÍTULO ORIGINAL *Les armoires vides*

Publicado por
EDITORIAL CABARET VOLTAIRE S.L.
info@cabaretvoltaire.es
www.cabaretvoltaire.es

©1974 Éditions Gallimard
©de la traducción, 2022 Lydia Vázquez Jiménez
©de esta edición, 2022 Editorial Cabaret Voltaire SL

IBIC: FA
ISBN-13: 978-84-19047-30-4
DEPÓSITO LEGAL: M-11856-2022
Printed in Spain

Dirección y Diseño de la Colección
MIGUEL LÁZARO GARCÍA
JOSÉ MIGUEL POMARES VALDIVIA

«Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de Ayuda a la
Publicación García Lorca del Institut français de España»

Cubierta: Christiane and Kerstin, 1968 ©Gerhard Richter
Guarda: Annie Ernaux, 1974 ©Éditions Gallimard

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro -incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Guardé falsos tesoros en armarios vacíos
Un inútil navío une mi infancia a mi fastidio
Mis juegos a la fatiga

La rosa pública

PAUL ÉLUARD

Cada hora hago tijera, bicicleta o el ejercicio de pies en pared. Para acelerar la cosa. Inmediatamente se despliega un calor extraño en alguna parte de mi bajo vientre, como una flor. Violácea, podrida. Sin dolerme. El dolor viene justo después en forma de avalancha invadiéndolo todo y en particular las caderas hasta extinguirse en la parte superior de los muslos. Casi un placer.

«Esto le quemará un momento, justo al introducirlo.» Una pequeña sonda roja, toda enrollada, recién salida del agua hirviendo. «Entrará bien, no se preocupe.» Yo estaba sobre la mesa, entre mis piernas solo veía sus cabellos grises y, empuñada, la serpiente roja en el extremo de unas pinzas. Desapareció. Atroz. Reñí a la vieja, que tapaba aquello con algodón para que no se saliera. No te toques

la hucha, la estropearías... déjame que te dé un beso en el caramelito, ahí, entre los labios... Forzada con un gancho, echada a perder, obstruida, me pregunto si podrá volver a servir. Después ella me dio un café en vaso para reanimarnos. No paraba de hablar. «Sí, tiene que andar mucho, vaya a clase, salvo si pierde aguas.» Al principio no me resultó fácil caminar con toda esa guata y ese alambre desgarrándome el vientre. Bajar las escaleras, un pie tras otro. Una vez en la calle, me sentí aturdida por la gente, el sol, los coches. No notaba nada, volví a la ciudad universitaria.

«Tendrá contracciones.» Llevo esperando desde ayer, acurrucada, al acecho de una señal. Qué sucede exactamente. Lo único que sé es que va muriéndose poco a poco, que se apaga, se ahoga en el saco lleno de sangre, de humores secretados... Y que luego sale. Nada más. Con la cabeza pegada al olor de la manta, con el sol abrasándome de las rodillas a la cintura, sintiendo una marea tibia en mi interior, ni la menor crispación en la superficie, todo transcurre en los pliegues y repliegues, a kilómetros de distancia. Nada que ver con las láminas de anatomía. Me quedaría así hasta la noche, todo el tiempo, en esta vaga postura de yoga. El sol me atravesaría la piel, descompondría carnes y cartílagos, y ese

puré se deslizaría despacio por el tubo... No tengo esa esperanza. No se irá así como así. No acelerar la cosa. Retirar las piernas de la pared.

Preparar un autor del programa, ¿por qué no?, Victor Hugo o Péguy. Qué asco. No hay nada en esas páginas que tenga que ver con lo mío, ni un solo párrafo que describa lo que estoy sintiendo ahora, que me ayude a superar este espantoso trago. Puesto que hay rezos para todas las ocasiones, los nacimientos, las bodas, la agonía, también deberían encontrarse plegarias para todo, para una chica de veinte años que ha ido a ver a una abortera, que sale de ahí, lo que piensa después, mientras camina, cuando se tumba en la cama. Las leería y releería. Pero los libros no abordan estas cuestiones. Una bella descripción de una sonda, una transfiguración de la sonda... El diccionario médico que he pedido prestado a mi compañera de cuarto está repleto de detalles atroces, de sobreentendidos siniestros. Les encanta meter miedo, uno no puede morir por una corriente de aire. Sin embargo, las ranas sí, cuando las explotamos con una pajita... Más bien revientan. Dejar de sumirse en la náusea, en los olores sosos, intensos, de comer alimentos bruscamente inmundos, de ver kilómetros de charcutería en sueños, colores comestibles en los escaparates. Convertida en

dos meses en una perra husmeadora dispuesta a vomitar la comida en el plato... verde veneno de las espinacas, rojo mercurio de los tomates, costras sospechosas del filete a la plancha. Un gusto continuo a Viandox rancio, como si creciera en el estómago igual que una úlcera. Los libros me dan arcadas. Juego a la estudiante, tomo notas, intento escuchar, estoy ausente, y decir que quería ser agregada, crítica o periodista. No creo que apruebe en junio, puede que ni en septiembre. Seguro que se tuerce la cosa... No sirve de nada estudiar. «¿Quién se anima a preparar la presentación sobre Gide?»

Bornin barre las gradas del aula con la mirada. Yo no podría escribir tres líneas seguidas, no tengo nada que decir sobre Gide ni sobre nadie, soy un fraude, como las botellas grabadas del escaparate de la tienda de mis padres, un fraude también ese Bornin con sus palabras relamidas, su sexo reseco, informe, sus manos me pasan por delante, seguro que sospecha algo, con esa cara de huevo grasienta y viciosa, me repite el gusto a Viandox, aprieto los dientes, si salgo de clase todo el mundo se dará cuenta de que estoy embarazada. La decadencia es esto. Que no me lo noten. Antes reventar.

Una punzada, la primera, zigzaguea antes de estallar en distintos puntos blandos. Un gran fuego

artificial en el interior, con un montón de colores suntuosos, sin duda. Siento algo más de calor, poca cosa, como en el summum del placer. Puede que nunca vuelva a correrme si todo se va al traste aquí adentro. Un castigo. Si me vieran... «Acabarás mal.» ¿Cuándo pronunciaron por primera vez esa antigua predicción, mis viejos? Hace un mes, casi les suelto a la cara que estaba preñada, para presenciar la catástrofe, para ver cómo se quedaban blancos, se retorcían, esas viejas máscaras de tragedia permanente, cómo se ponían a chillar histéricos, y yo gritando de alegría, de rabia, que les estaba bien empleado, que lo había hecho por ellos, para fastidiarlos, por feos, por miserables y catetos. No he podido abrir la boca. Para empezar, no me habrían dejado arreglármelas sola. Además, esas cosas, nunca me atreveré a decírselas. Jamás se lo imaginarían... Lo han hecho todo por mí. Almuerzan, como dicen ellos, sobre el hule de las margaritas, pollo y guisantes extrafinos, los mejores, ella dice que podrían ir a ver qué está edificándose en Les Cèdres, la construcción de unos grandes almacenes, las tiendas cercanas, son la competencia, él replica que no le apetece un carajo, discuten. Me parece estar viéndolos. No quiero pensar en ellos, en su negocio. No consigo relacionarlos con estas paredes nuevas, limpias, con el cuarto de

baño impecable, las estanterías para los libros. Aquí no soy la hija de los Lesur. Soy una universitaria. El parque del campus se llena de hojas, caen sin parar, es esplendoroso, en las avenidas, sobre los coches aparcados junto a las verjas. Parece casi un cuadro de Monticelli. Todavía me queda algo de cultura, sobre pintura. Hasta la reválida, no tenía la menor idea, apenas unos grabados recortados de la revista *Lectures pour tous*. No poder echarme a correr, pisotear las hojas húmedas y salpicar a gusto, con los rayos de sol atravesando los árboles, estriando el paso, y el aire rasposo entre los dientes para que se vaya el gusto a rancio. Solo tumbarme boca arriba, boca abajo, separar las rodillas, levantarme de golpe, sentarme en posición de loto y ponerme a hacer la gimnasia preaborto. Cómo se reiría él, el muy cabrón, el burgués nenaza... Palparme, imaginarme el momento en que se desencadene la cosa, un obús, un globo de feria, un géiser en acción, cualquier cosa.

El castigo, el correctivo por persona interpuesta. Tesada por una pequeña sonda roja. Veinte años para llegar a esto. No es culpa de nadie. Solo mía, mía de principio a fin. De quién. Quién soy yo. Antes que nada, la hija del tendero Lesur, luego la primera de la clase, siempre. Y la tonta de los domingos con sus calcetincitos, la universitaria becaria. Y

luego quizá nada más, penetrada por la abortera. Yo y las latas de alubias en el escaparate, con el abrigo naranja que he llevado durante tres años, los libros, los libros, ¿tienes este?, la hierba aplastada en la kermés de julio, la mano suave, no debo hacerlo... gente por todas partes, vacilantes, gesticuladores. Se acercan, violáceos, con las manos colgando, salen de todos los rincones, los viejos chochos, los chalados del asilo de al lado, los viciosos siempre con la mano en algún sitio, los que compran cecina y la dejan a deber. Siempre supieron que la hija de los Lesur los despreciaba, esa chica que podría estar vendiendo patatas. Hoy les he puesto la venganza en bandeja. Secretaria, taquimecanógrafa, normal, esas chicas de manos blancas y uñas rojas, con una pizca de orgullo. Estudiante universitaria, es algo demasiado especial, estudiar qué, filosofía y letras, ni idea, se quedan en blanco, parados, perdidos, sin saber qué decir, mejor, porque mis viejos tampoco sabrían explicarles. Arponeada. Un gesto brusco, esto va a terminar con los gorgoteos previstos por el diccionario. Se enterarán, irán a cotorrear a la tienda con la mirada encendida «cómo ha podido pasar», habrá cola delante del mostrador. Medio kilo de manzanas, un pedazo de queso Port-Salut para entrar en materia. Mis padres se pondrán nerviosos,

se harán los despistados «¿algo más, señora?». Todos los clientes ahí plantados, en el suelo agrietado, roído por el alcohol de quemar y el vinagre, aglutinados para ver si se enteran de algo. Un quiste en mal sitio, un tumor, una vena reventada en alguna parte del cuerpo. Lavar de toda sospecha. No lo conseguirán con todos esos ojos escrutadores. Los conozco. Han venido tantas veces a comprar el almuerzo, a mendigar que se les fíe ocho días más, a contar sus penas, respeto humano, pudor, decencia, palabras inexistentes en su vocabulario. Desde la infancia hasta la facultad, he estado viéndolos, clavados en medio de la tienda, repantingados en las sillas del bar, viejo decorado descolorido y locuaz, siempre al acecho. Me veían poniéndome la bata, lavándome en el fregadero de la cocina, haciendo los deberes en una esquina de la mesa. Me hacían preguntas, «qué guapa está la Denise... ¿de dónde has sacado ese vestido? ¿Qué vas a hacer cuando seas mayor? ¿Servir en el bar como tu padre? No me saques la lengua ¿o es que quieres un buen azote en el culo?». De haber podido, esos chiflados del bar me habrían hecho añicos antes de engullirme entera, de pequeña. ¿Y si no hubiera sido la hija de los Lesur, del bar-tienda de ultramarinos Lesur, si no hubiera odiado todo a partir de aquel momento, si

hubiera sido amable con mis viejos «somos tus padres, ¿sabes?»? Me invaden los remordimientos. Aquello me resultaba insoportable. Reconstruirlo todo, apilarlo, empaquetarlo, una montaña de cosas, unas dentro de otras. Explicar por qué me enclaus tro en un cuarto de la ciudad universitaria con miedo a morir, a lo que pueda pasarme. Ver claro, contarlo todo entre dos contracciones. Ver dónde empieza el descontrol. No es cierto, no nací con ese odio, no los detesté siempre, a mis padres, a los clientes, la tienda... a los otros, los cultivados, los profesores, los como dios manda, también los odio ahora. Estoy hasta el vientre de todo. Con unas ganas tremendas de vomitar sobre ellos, sobre el mundo entero, sobre la cultura, sobre todo lo que he aprendido. Jodida por todas partes...

El bar-tienda Lesur no es un comercio cualquiera, es el único de la Rue Clopart, lejos del centro, casi en el campo. Clientela a porrillo, que llena la casa, que paga a fin de mes. No es una comunidad pero se le parece. No hay un solo lugar donde aislarse en toda la casa, aparte de un dormitorio en el primer piso, inmenso, glacial. En invierno, es mi polo norte, son mis expediciones antárticas cuando me meto en la cama en camisón, abriendo las sábanas húmedas y escurriéndome hasta el ladrillo caliente envuelto en un trapo de cocina. El resto del día lo pasamos abajo, en el bar y en la tienda. Entre ambos, un habitáculo estrecho al que da la escalera, la cocina, que apenas tiene sitio para contener una mesa, tres sillas, una cocina de carbón y un fregadero sin agua. Hay que extraer el agua con una bomba, en el patio. En

la cocina nos tropezamos sin parar, solo comemos a toda prisa a eso de la una de la tarde y por la noche, una vez que se han ido los clientes. Mi madre pasa por ahí cientos de veces, con cajas de vino apoyadas en el vientre, litros de aceite o de ron hasta la barbi-lla, chocolate, azúcar, que transporta del sótano a la tienda empujando la puerta de una patada. Ella vive en la tienda y mi padre en el bar. La casa rebosa de clientes, los hay por todas partes, en fila delante del mostrador donde mi madre pesa las patatas, el queso, hace sus cuentas murmurando, amontonados en torno a las mesas del café, en el patio donde mi padre tiene instalado un urinario, una pequeña barrica y dos tablones perpendiculares en sendas paredes, junto al gallinero.

Llegan a las siete de la mañana. Cuando bajo por la escalera en bata, ya los veo. Equipados con zamarras, con zurrone deformados por las fiambreras. Empuñan el vaso, se aferran a él sin mediar palabra. Van a la maderera, a la obra. A mediodía parlotean más y por la noche ya van achispados. Con ellos se anima el cotarro, se unen a los que llevan ahí toda la tarde, los viejecitos del asilo, charlatanes y viciosos, los que están de baja, con sus enfermedades crónicas o sus accidentes de trabajo de vendajes grisáceos.